

# El conocimiento de la Antigüedad a través de los libros: apunte valorativo de la biblioteca del humanista Pedro Simón Abril (ca. 1540-1595)

The knowledge of Antiquity by means of books: an assessed note of the humanist Pedro Simón Abril's library (ca. 1540-1595)

José Antonio Beltrán Cebollada\*

## Resumen

*Se analiza y valora la biblioteca personal del humanista Pedro Simón Abril (ca. 1540-1595) para determinar su interés por la recuperación de la cultura clásica y su grado de conocimiento de la Antigüedad.*

**Palabras clave:** Humanismo, Humanistas hispanos, Antigüedad clásica.

## Abstract

*The personal library of the humanist Pedro Simón Abril (ca. 1540-1595) is analyzed and valued in order to determine its interest by the recovery of the classic culture and its degree of knowledge of the Antiquity.*

**Keywords:** *The personal library of the humanist Pedro Simón Abril (ca. 1540-1595) is analyzed and valued in order to determine its interest by the recovery of the classic culture and its degree of knowledge of the Antiquity.*

1. Aunque como disciplina científica la Filología se encuentra considerablemente distante de los ámbitos profesionales de los homenajeados, el objetivo y el método del presente estudio guardan, *mutatis mutandis*, una cierta analogía con los específicos de la Arqueología y Prehistoria, paradójicamente en su hecho más diferencial, el ámbito de la escritura. En efecto, en el presente trabajo se pretende el examen y valoración de la biblioteca personal del humanista Pedro Simón Abril (ca. 1540-1595) con vistas a determinar su interés por el pasado y su grado de conocimiento de la Antigüedad. En definitiva, y simplificando obviamente

un tanto, lo que aquí se plantea no es más que el estudio de la herencia material de un individuo para intentar, a partir de estos restos, progresar en nuestro conocimiento de la cultura de la que forma parte, al menos en lo concerniente a un aspecto de la misma.

El asunto no es baladí porque esta cultura a la que se hace referencia no es otra que el Humanismo, el cual dio origen al pensamiento moderno al colocar al hombre en el centro del universo intelectual anteponiendo los saberes humanos –tanto científicos como literarios– a los estudios divinos –la teología–<sup>1</sup>. Como movimiento intelectual el Humanismo anhela alumbrar

---

\* Universidad de Zaragoza

1. Aunque el pensamiento renacentista no es exclusivamente laico, y menos en una España que pronto se decantó por un Humanismo cristiano, quizá en un momento como el actual en el que tanto se reflexiona sobre la quintaesencia y el ser del proyecto europeo no está de más recordar ese componente de laicidad en el nacimiento de la Europa moderna, por más que paradójicamente lo más llamativo de ésta sea una interminable serie de guerras de religión. Sobre esa laicidad con matices, cf. Bécarea (2003: 9-12 y 2004).

una nueva civilización bien distinta de la bárbara Edad Media y para ello no halla mejor recurso que el renacer de la Antigüedad<sup>2</sup>. Esta *Roma renouata* abarcaría todos los aspectos de civilización, desde la educación al estilo de vida, desde las leyes a las artes, desde las ciencias a la espiritualidad. Nace por tanto como una alternativa en todos los ámbitos de la existencia. Otra cuestión es que la realización del ideal humanista pasara fundamentalmente por la recuperación de la cultura clásica por medio de los textos griegos y latinos, de suerte que terminó persiguiendo la creación de un mundo nuevo a partir de la palabra antigua. Así pues, no es de extrañar que esta recuperación de la Antigüedad surgiera y se desarrollase desde la Filología. Ahora bien, pronto este entusiasmo alcanzó también a la civilización material dando paso a las incipientes Arqueología, Epigrafía, Numismática, etc., llegando incluso a alcanzar por extensión a la vertiente ágrafa de la Historia. Y es que con frecuencia se olvida que en el Renacimiento este interés por la Antigüedad no se circunscribió a los textos, sino que hubo también una auténtica pasión por los *antiquaria*, desde los grandes restos arquitectónicos hasta las minúsculas monedas pasando por las esculturas, mosaicos, inscripciones, etc.<sup>3</sup>

*Rebus sic stantibus*, puede tener un cierto interés atender al conocimiento que de esa Antigüedad logra alcanzar un genuino representante del Humanismo en una época en la que se sientan las bases del mundo moderno y que, por lo que atañe a nuestras disciplinas científicas, se inculca el germen de lo que luego sería la *Altertumswissenschaft*. Con este fin centraremos nuestra atención en Pedro Simón Abril (ca. 1540-1595), uno de los humanistas hispanos más interesantes de la segunda mitad del siglo XVI, que destacó en el campo de la enseñanza y en el de la pedagogía, en su labor como traductor de textos clásicos e incluso en

el ámbito del pensamiento filosófico<sup>4</sup>. Ahora bien, su figura adquiere valor no tanto como individuo, sino como representante destacado de un grupo más amplio, el del Humanismo hispano. En este sentido el presente trabajo se enmarca por tanto dentro del ámbito de la historia de la cultura y de las mentalidades al aceptar como premisa que estos humanistas comparten unos gustos, sensibilidades e intereses similares, de suerte que al hacernos una idea aproximada de la cultura de uno de sus miembros, nuestro Simón Abril, se puede hacer extensiva esta imagen al resto de ese grupo, que se define como tal precisamente por su actividad cultural. En concreto, mediante el examen de su principal fuente de conocimiento, su biblioteca personal, a lo que se aspira en el presente estudio es a precisar las fuentes que pudo manejar el humanista de Alcaraz, a partir de cuya lectura elaboró los conceptos, ideas y conocimientos concernientes a la Antigüedad. Esta imagen reconstruida se erige así como prototipo de un subgrupo dentro de los humanistas hispanos de la segunda mitad del Quinientos, el de los maestros en Artes. A todo lo anterior cabe señalar que su figura puede presentar un atractivo añadido para quienes se les tributa este merecido Homenaje como reconocimiento de una fecunda carrera académica que se ha desarrollado fundamentalmente en la Universidad de Zaragoza. Y es que nuestro humanista participó y contribuyó a la fundación de nuestra Universidad en 1583, además de estar vinculado al reino de Aragón durante buena parte de su trayectoria profesional<sup>5</sup>. Estamos pues ante uno de nuestros más insignes ancestros académicos.

Planteado en los términos anteriores, este estudio responde a un marcado interés cultural. No obstante, al tratarse esencialmente de la valoración de una biblioteca, habrá de tener por fuerza un notable atractivo filológico. Podemos obtener así, por ejemplo, una rela-

2. De la inmensa bibliografía sobre el Humanismo, remito al excelente libro de Rico (1993), de donde procede lo mejor de las ideas que a continuación se exponen. En cambio, para una primera aproximación puede acudir a la acertada síntesis de Paradinas (2010).

3. Detrás de este interés por los *vestigia* latía no sólo el afán de estudio o el deseo de establecer una conexión con una estética greco-romana, sino que solía ser también una manifestación de estatus socioeconómico y cultural, de ahí que se desarrollase a un tiempo un notable coleccionismo. El caso es que estudio histórico, gusto artístico y prestigio social fueron de la mano en la recuperación y preservación del legado antiguo.

4. Para su biografía, necesitada de una actualización, cf. Morreale de Castro (1949). Más recientemente, Cañigral (1988a: 11-30) y, sobre todo, López Férez (*en prensa*). Como gramático fue autor una digna gramática latina (1573) y de algunas de las primeras gramáticas latinas y griegas en castellano (1583 y 1586 respectivamente); como pedagogo, además de diversas obras para los niveles más elementales, mostró su preocupación por el sistema educativo en los *Apuntamientos de cómo se deben reformar las doctrinas*

(1589); fue traductor de Cicerón, Terencio, Esopo y Aristóteles; y como avezado en filosofía tuvo particular interés por la lógica (cf. Olmos 2010).

5. La primera noticia que conocemos de él es su presencia en 1561 en el entonces floreciente Estudio de la villa zaragozana de Uncastillo enseñando artes y filosofía, donde permanece por espacio de diez años. Tras una breve estancia en Tudela tomará posesión de la cátedra de Retórica del Estudio Mayor de la ciudad de Zaragoza en 1574, hasta que en 1578 acepta la oferta que le realiza el municipio de Alcaraz (Albacete), al parecer ciudad natal de nuestro humanista. En todo caso retornará a la capital del Ebro en 1583 contratado por el neonato Estudio General de la ciudad. En 1586 abandona la ciudad, aunque se desconoce a ciencia cierta su nuevo destino. No obstante, ese mismo año el concejo de Zaragoza le agradece por escrito el memorial presentado por nuestro humanista ante el rey Felipe II en defensa de la Universidad en el largo litigio que venía manteniendo con la Universidad Sertoriana (AHMZ, *Libro registro de cartas y provisiones de los jurados*, años 1585-86, ff. 213-213, publicado por San Vicente 1983: 281).

ción fiable de los autores griegos y latinos que fueron objeto de la atención de nuestro humanista. Es posible también tratar de precisar de qué ediciones se sirvió o en qué condiciones accedió a los autores clásicos. Y podemos asimismo determinar si poseía una información actualizada de la producción científica y filológica de su tiempo, lo que sin duda sirve para ilustrar las relaciones de nuestros humanistas con Europa. En definitiva, un trabajo de esta índole, siendo esencialmente un estudio cultural y de mentalidades, tiene también un interés filológico en la medida en que nos permite conocer mediante qué textos y en qué condiciones pudo acceder nuestro humanista a los clásicos así como a la producción contemporánea sobre la Antigüedad.

2. Por lo que atañe específicamente a la biblioteca del humanista de Alcaraz, conviene advertir que posee interés por sí misma en virtud de un volumen más que apreciable para la época, ya que llegó a contar con más de trescientas referencias. Ahora bien, se trata, digámoslo así, de una biblioteca 'virtual', esto es, no ha llegado a nosotros como tal biblioteca, sino como una relación de libros en el inventario de bienes de nuestro humanista cuando fallece en 1595. El primer paso por tanto de cualquier estudio es completar la identificación de estas referencias librarias y en la medida de lo posible, tratar de precisar además cuáles fueron las ediciones manejadas por Simón Abril<sup>6</sup>. Esta tarea no resulta sin embargo sencilla. Como suele ser habitual en este tipo de documentos, al ser su finalidad estrictamente jurídica la información que aportan para la identificación de los ejemplares es mínima<sup>7</sup>. Especialmente grave resulta nuestro caso, ya que el lacónismo informativo del inventario es más propio de etapas anteriores que de finales del siglo XVI. De manera general las referencias carecen de indicación del lugar y año de la edición, olvidan el autor, el título es orientativo o se corresponde con su denominación coloquial, etc. A estas ausencias hay que añadir los errores en su elaboración cometidos por notario y escribano: faltas de dictado, de copia, desconocimiento de la lengua y de la materia de los libros, etc.

Por lo demás, el estudio se acota a aquellas referencias librarias tanto clásicas como contemporáneas cuyo contenido informa fundamentalmente sobre la historia y las civilizaciones antiguas. Se presta atención por lo tanto a las obras de historiadores y geógrafos, pero también a las misceláneas y tratados de carácter enciclopédico. No se toman en consideración el resto de fuentes literarias clásicas más allá de los gé-

neros prosísticos antes citados, pero tampoco otras obras técnicas sobre aspectos particulares de la civilización grecorromana tales como el derecho, la ciencia, la filosofía o la religión. Naturalmente tampoco se tienen en cuenta las gramáticas antiguas y modernas sobre las lenguas griega y latina. El resultado es que de las 342 referencias librarias que figuran en el inventario nuestra investigación acota el corpus objeto de análisis a 42 apuntes, esto es, poco más del 10% del total.

Estas observaciones preliminares sobre el método, objetivo y objeto de estudio no quedarían completas sin una última observación. A buen seguro que el lector se ha percatado ya de que, en último término, el estudio que aquí se presenta no es más que un retrato imperfecto e incompleto de nuestro humanista. En efecto, tratamos de recrear el perfil intelectual de Pedro Simón Abril de manera indirecta a través de su biblioteca. Y aun así de manera incompleta, porque lo hacemos no a partir de todo su bagaje de lecturas, sino tan sólo de las posesiones librarias que fueron inventariadas en el momento de su muerte, que no sabemos siquiera si eran la totalidad de su biblioteca y que además suelen presentar un cierto grado de incertidumbre respecto a su completa identificación. Pese a todo, por más que en escala de grises y un tanto desenfocada, la imagen intelectual que obtenemos de nuestro humanista puede resultar válida en la medida en que nos permite hacernos una idea de cuál era el horizonte intelectual en el que se movía un humanista en España en la segunda mitad del siglo XVI.

3. Como no podía ser de otra manera, la fuente principal para el conocimiento de la Antigüedad está constituida por los historiadores griegos y romanos. Simón Abril dispuso para su lectura de un buen elenco de obras del género historiográfico. Cita así 16 historiadores y no menos de 26 referencias, número mayor que se explica por la presencia de varias menciones de una misma obra debido a que se trata de ediciones distintas, versiones comentadas o bien traducciones de la misma. Lamentablemente lo genérico de estas citas impide precisar las más de las veces qué ediciones pudo manejar nuestro humanista o incluso, en el caso de los historiadores griegos, si el conocimiento procedía de alguna de las traducciones al latín, práctica nada inusual en la época.

Naturalmente la biblioteca de nuestro humanista cuenta con los principales representantes del género. Al frente de esta relación figura el padre de la historia, Heródoto (n.º 244)<sup>8</sup>. La simple mención a unos *Histo-*

6. Es de justicia señalar que el mérito de nuestro conocimiento de esta relación libraria corresponde al profesor Anastasio Rojo Vega quien descubrió y publicó las disposiciones testamentarias del humanista Laminitano (Rojo Vega 2002).

7. Sobre los datos que pueden aportar estos inventarios notariales, cf. Pedraza (1999: 138-142 y 145-147).

*riarum libri IX* imposibilita discernir la edición de la que pudo disponer Simón Abril<sup>9</sup>. Entre los grandes historiadores griegos incluye también el inventario una mención a las obras completas de Jenofonte (n.º 37), aunque tampoco en esta ocasión hay datos que apunten hacia una edición determinada<sup>10</sup>. Y no falta tampoco en este elenco de grandes nombres el de Polibio (n.º 69), sin que podamos precisar cuál de las dos ediciones de las que dispuso el siglo XVI estuvo en manos de nuestro humanista<sup>11</sup>.

De igual manera hallaron acomodo en los anaqueles de su biblioteca las grandes obras de los representantes del género historiográfico en Roma, aunque persisten las dificultades para la identificación de las ediciones que pudo manejar Simón Abril. Así sabemos que leyó a César (n.º 64)<sup>12</sup> y a Salustio (n.º 159)<sup>13</sup> sin que podamos precisar las ediciones manejadas. Dispuso también de la obra del insigne Tácito (n.º 73), del que, si bien lo escueto de la nota impide identificar la edición, no parece descabellado pensar que bien pudiera tratarse de la primera edición, la realizada por Justo Lipsio en 1574. Y no faltó en la biblioteca de nuestro humanista el último de los grandes historiadores romanos, Amiano Marcelino (n.º 145). La mención a que se trata de «todas las obras» parece apuntar a una edición completa, lo que permite acotar que tuvo que ser posterior a 1546, año en el que Gelenio publica en Basilea la primera edición de estas características<sup>14</sup>.

Un comentario algo mayor merece Tito Livio, puesto que encontramos en el inventario hasta cinco referencias. En dos de ellas no es posible extraer ninguna información, ya que se alude genéricamente a Tito Livio (n.ºs 116 y 144)<sup>15</sup>. Frente a esta penuria de datos contamos con una referencia (n.º 134) en la que se menciona a Carlos Sigonio, por lo que debe tratarse de la edición con escolios que publicó el humanista de Módena en 1555 de la mano de Paulo Manucio. Asimismo, y pese a lo confuso de la cita (n.º 6)<sup>16</sup>, contó el Laminiano con la edición de Hernico Glareano de 1542 que tiene el mérito añadido de incorporar una cronología sensiblemente mejorada. Finalmente se mencionan unas «décadas» (n.º 45), que de ser cita literal habría que pensar en una traducción al castellano del historiador paduano<sup>17</sup>.

Una buena parte de las referencias del inventario tiene como objeto de atención la historia de la antigua Roma, paradójicamente a partir de versiones compuestas por historiadores griegos. Así para el período republicano dispuso Simón Abril en su biblioteca de las *Antigüedades romanas* de Dionisio de Halicarnaso, llegando a contar con dos ediciones (n.ºs 46 y 274)<sup>18</sup>. Asimismo leyó ese compendio de la historia de Roma desde los orígenes hasta la muerte de Trajano que es la *Historia romana* del alejandrino Apiano (n.º 262)<sup>19</sup> y que se completaría con la *Historia del imperio romano* de Herodiano (n.ºs 124 y 155)<sup>20</sup>, que abarcaba desde la muerte de Marco Aurelio hasta la llegada al poder de Gordiano III.

8. La numeración alude al orden en el inventario tal como es publicado por Rojo Vega (2002).

9. Puede tratarse tanto de la *editio princeps* de Aldo Manucio (1502) como de la de Estienne (1570). Por otra parte, no hay que olvidar que Heródoto fue conocido primero en Occidente gracias a la traducción latina de Lorenzo Valla (Venecia, 1474).

10. Quizá la edición de Henri Estienne (Ginebra, 1561). Hay también una traducción latina y una versión castellana por Diego Gracián de Alderete (Salamanca, 1552).

11. La *princeps* fue publicada en 1530 en Haguenau bajo la responsabilidad de Vicente Obsopeus (Heidnecker). Contenía sólo los cinco primeros libros e incorporaba una traducción latina obra de Nicolás Perotti que, encargada por el papa Nicolás V, había sido publicada ya en 1522. La segunda edición fue responsabilidad de Juan Hervagio (Basilea, 1549) y comprendía también los *excerpta* de los libros VI a XVII. La versión latina fue revisada por Wolfgang Músculo.

12. Quizá en alguna de las ediciones aldinias. La de 1513, obra no de Aldo pero sí de su taller, sirvió de base para la mayoría de las ediciones postinclinables hasta 1559, cuando aparece la tercera edición aldinia, la de Paolo Manucio, la cual ejerció gran influencia durante la centuria. Cf. Moreno Hernández (2010).

13. Imposible de identificar la edición por lo escueto de la nota y el número ingente de ediciones salustianas. A este último respecto, cf. A. M. Lottin, *Liste chronologique des éditions, des commentaires et des traductions de Salluste*, París, 1768 (2.ª ed. rev.).

14. Por lo demás, resulta imposible concretar si se trata de la edición de R. Estienne (París, 1547), Gryphius (Lyon, 1552), Syllburg (Frankfurt, 1588) o Le Preux (Lyon, 1591).

15. De la popularidad de la que gozó Livio baste con recordar que entre 1450 y 1700 hubo aproximadamente 160 ediciones, de las que 77 eran traducciones. Además no fue infrecuente la publicación de antologías, sobre todo de sus discursos. Cf. Burke (1966: 138 y 146-148).

16. Se alude a las *Annotationes enrici lovi tigliareani in T. Livium*, una mala lectura por Heinrich Loriti, Glareanus por su localidad suiza natal.

17. Entre las diversas opciones es poco probable que se corresponda con alguna de las ediciones que a principio del siglo XVI resumían la primera traducción castellana de López de Ayala (1401). Quizá por el alcance de su difusión cabe pensar en la edición de Francisco de Enzinas (*Todas las Décadas de Tito Livio Paduano*, Estrasburgo, 1552) en la que corrige la traducción de Fray Pedro de la Vega (Zaragoza, 1520-1531) e incorpora la traducción de los libros 41-45 que habían sido recientemente descubiertos. Cf. García Pinilla (2002).

18. La *editio princeps* es obra de Robert Estienne en 1546.

19. Hubo incluso una traducción al castellano de Diego de Salazar (Alcalá de Henares, 1536).

20. Herodiano fue un historiador bien conocido en el XVI, ya que desde la *editio princeps* de 1503 hubo más de diez ediciones a lo largo del siglo. En lo tocante a la identificación de las ediciones manejadas por Simón Abril, la primera (n.º 124) al citar «Erodiano de los ilustres hechos de los romanos» quizá se esté aludiendo a *De imperatorum Romanorum praeclare gestis libri VIII*, una edición greco-latina publicada en Basilea (1549); la segunda (n.º 155) al referirse a «las obras de erodiano» quizá pudiera tratarse de la traducción llevada a cabo por Hernán Flores de Xerez (1532) a partir de la versión latina de Poliziano (1493).

De los géneros historiográficos menores se menciona el epitome de Justino a las *Historias Filipicas* de Pompeyo Trogo (n.º 179). Sin más datos resulta imposible una vez más precisar cuál es la edición manejada, máxime cuando este resumen fue un auténtico best-seller con más de trescientas ediciones en la Edad Moderna<sup>21</sup>. Y en la periferia de la historiografía figura Valerio Máximo, del que constatamos dos referencias (n.ºs 147 y 217). Una vez más juegan en contra de una posible identificación la pobreza informativa de las anotaciones que impide incluso adivinar si estamos ante ediciones o ante comentarios o traducciones, lo que no sería de extrañar ante un autor que a finales del XVI estaba plenamente asentado en los planes de estudio universitarios<sup>22</sup>.

Finalmente de esa hermana menor de la historia que es la biografía, nuestro humanista manejó las *Vidas paralelas* del polígrafo y erudito de época imperial Plutarco (n.º 265)<sup>23</sup>, de quien dispuso además unas posibles obras completas (n.º 271)<sup>24</sup>. Y sin que sea en rigor una biografía se puede incluir aquí la *Anábasis Alejandrina* de Arriano (n.º 44)<sup>25</sup> sobre las campañas militares de Alejandro Magno. Naturalmente entre los biógrafos incluye el inventario a Suetonio con nada menos que dos referencias seguras y una tercera probable. La pobreza informativa de la primera impide cualquier suposición (n.º 132), pero además contamos con una referencia a Filippo Beroaldo el Viejo (n.º 40) que alude sin duda a alguna a los comentarios que el

humanista boloñés publicó junto con Marco Antonio Sabellico en 1490 y que fueron reeditados reiteradamente. De su calidad filológica es buena prueba que todavía hoy en día se tengan en cuenta en las ediciones de Suetonio. Finalmente hay una enigmática alusión a unas «vidas de pompeio i los césares» (n.º 146) que quizá se pueda atribuir, sin mucha confianza, a Suetonio<sup>26</sup>.

4. Tras la historiografía son las obras de contenido geográfico las que mejor informan sobre el mundo Antiguo al proporcionarnos una descripción física y humana del mismo, la cual además suele incluir con frecuencia verdaderos tratados etnográficos y múltiples informaciones genuinamente históricas. La biblioteca de Simón Abril albergó al menos cinco geógrafos propiamente dichos a la cabeza de los cuales figuraba Estrabón con esa descripción de la ecúmene que es la *Geografía* (n.º 48), sin que pueda concretarse nada respecto a la edición manejada debido a la falta de cualquier indicación en la referencia<sup>27</sup>. Esta visión general del mundo civilizado se vio completada con la ofrecida por el compendio latino de Pomponio Mela (n.º 4)<sup>28</sup>. Además de estas descripciones de aspiración universal dispuso también Simón Abril de obras de ámbito regional sobre la geografía antigua como la *Descripción de Grecia* de Pausanias (n.º 149)<sup>29</sup>. Y contó asimismo nuestro humanista con una obra de suma erudición que también puede ser englobada en esta sección, el léxico geográfico de Esteban de Bizancio

21. Las primeras ediciones aparecieron en Venecia y Roma en 1470. Hubo además una traducción bastante libre de Jorge de Bustamante (Alcalá, 1570).

22. En cuanto a las ediciones, y circunscribiéndonos a las más próximas en el tiempo, podría tratarse de la de Pighius (Bruselas 1567) o incluso la de Justo Lipsio (Amberes, 1585).

23. La primera edición es la florentina de Boninus (1517), aunque fue más importante la de Aldo Manucio (Venecia, 1519).

24. La *editio princeps* aldina preparada por Demetrio Lucas y Erasmo (1509) fue reimpressa en Basilea en 1542 desde donde alcanzó gran difusión por Europa. Podría tratarse de una de estas ediciones o de la preparada por Henri Estienne en 1572 que gozó también de gran popularidad y su calidad textual era muy superior. En cualquier caso, para la presencia de Plutarco en España, cf. Pérez Jiménez (1990) y Bergua (1996).

25. ¿En la edición acompañada de traducción latina del humanista holandés Bonaventura Vulcanio publicada en 1575 en Ginebra?

26. Otra posibilidad es que el escribano estuviese aludiendo a la *Historia romana* de Dión Casio en la versión del epitome de Juan Xifilino cuya traducción latina fue publicada por Robert Estienne (París, 1551) bajo el título de *Rerum Romanarum a Pompeio Magno ad Alexandrum Mamaeae filium epitome*.

27. Siendo la *editio princeps* la aldina de 1516, el texto de Estrabón fue editado por Xylander en Basilea en 1549, aunque la edición más difundida fue la de Casaubon de 1587, que todavía hoy ha de ser tenida en cuenta por filólogos y comentaristas. No hay que descartar tampoco que se tratara de alguna de las traducciones latinas que proliferaron desde la versión de Guarino Guarini (libros I-X) y Gregorio Tifernate

(lib. XI-XVII). Y de hecho esta versión latina pasó antes a la imprenta que la edición griega, gracias al desvelo del obispo Giovanni Andrea Bussi quien recurrió al taller de Sweynheim y Pannartz (1469). Posteriormente sería remplazada por una nueva traducción obra del antes citado Xylander (1571).

28. En este caso sí que podemos apuntar una conjetura. En efecto, aunque fueron numerosas las ediciones del geógrafo hispano –para su presencia en el ámbito peninsular, cf. Guzmán (1993)–, al indicarse en el inventario que está en «el mismo cuerpo» que Solino (n.º 3) quizá pueda pensarse en una edición de 1557 en Basilea que comprendía la *Polyhistoria* del citado Solino, el epitome de Floro, la *Tabula de Cebes* y, finalmente, el texto de Mela en la edición preparada por el humanista suizo Joachim Vadiano (Joachim von Vatt) que había sido publicada en 1530 en París y que, junto las *emendationes* de Hermolao Bárbaro (Roma, 1493), fueron las contribuciones más interesantes de la centuria para la fijación del texto del geógrafo hispano.

29. De nuevo la ausencia de indicación alguna impide identificar de qué edición se trata desde que Marc Musurus se encargara de la *editio princeps* (Venecia, 1516). Ahora bien, la referencia en el inventario a «las regiones abundantes de Grecia» como título lleva a pensar en la posibilidad de que se trate no de una edición del texto griego, sino de la traducción latina que preparó el boloñés Rómulo Amaseo bajo el título de *Pausaniae de Florentissimis Veteris Graeciae regionibus commentarii* publicada en 1547 (Roma) y de nuevo en 1557 (Basilea); una traducción que, se incorporaría más tarde a la magna edición de Pausanias de Guillermo Xylander (Wilhelm Holtzman) aparecida en Fráncfurt en 1583 tras ser revisada por Friedrich Sylburg como consecuencia del fallecimiento del humanista alemán.

(n.º 251) conocido como Étnicos, del cual, a pesar de que fueron escasas las ediciones llevadas a cabo en el XVI<sup>30</sup>, de nuevo poco es lo que podemos concretar respecto a esta obra<sup>31</sup>.

Junto a estas obras que contienen una descripción física y humana del mundo grecorromano, disponemos también de una visión matemática del espacio geográfico. Se trata, naturalmente, de la *Geografía* de Claudio Ptolomeo, la cual adquirió una importancia extraordinaria en el Renacimiento<sup>32</sup>. Dos son las referencias que en la relación testamentaria mencionan al geógrafo alejandrino. Una de ellas remite escuetamente a «Ptholomeo alexandrino» (n.º 280), por lo que en rigor podría tratarse de cualquiera de sus obras<sup>33</sup>. La otra referencia, en cambio, alude inequívocamente a la obra geográfica, ya que se citan expresamente las «enarraciones geographicas de Ptholomeo» (n.º 50). En cuanto a su identificación, se ve agravada tanto por lo escueto de la cita como por la abundancia de ediciones<sup>34</sup>. No obstante, la expresión «enarraciones geographicas» quizá pueda apuntar a la traducción latina de Willibald Pirckheimer (Bilibaldus Pirckeymerus) aparecida en Estrasburgo en 1525 bajo el título de *Claudii Ptolemaei Geographicarum Enarrationis libri octo*; traducción y título que luego serían recogidos en las ediciones que llevó a cabo Miguel Servet<sup>35</sup> en Lyon en 1535 y 1541, así como en la publicada por Sebastian Münster en 1540 (Basilea). De ser correcta esta hipótesis, cabría señalar que todavía a finales del XVI un humanista como Simón Abril podía disponer en su biblioteca de obras cuya posesión y lectura habían sido prohibidas por el índice inquisitorial de 1583, pues tal

era el caso tanto de Pirckheimer como de Servet y Münster<sup>36</sup>.

5. El lector renacentista podía llegar también al conocimiento de la Antigüedad a través de obras misceláneas griegas y romanas. Se trata de un género muy del gusto humanista por su utilidad práctica al combinar una información fácilmente accesible con una erudición en muchos casos de carácter anticuario. Así Simón Abril contaba en su biblioteca con el *De uaria historia* de Claudio Eliano, una miscelánea en 14 libros en la que se compilan anécdotas, fragmentos biográficos sobre literatos y gobernantes, costumbres, creencias, etc. La obra debió suscitar gran interés porque aparece citada en dos ocasiones en el inventario (n.ºs 229 y 294)<sup>37</sup>. De naturaleza miscelánea, si bien bajo la forma de diálogo, es *El banquete de los eruditos (Deipnosofistas)* de Ateneo de Náucratis (n.º 264). El diálogo que se desarrolla en el marco simposiaco sirve de pretexto para la recopilación de todo tipo de noticias, con frecuencia culinarias, y sobre todo para la inclusión de extractos de un buen número de obras literarias, muchas de las cuales se han perdido<sup>38</sup>. En el Renacimiento, como ahora, fue una obra muy apreciada por su información erudita<sup>39</sup>. Posee también nuestro humanista una obra singular, las «Imágenes de Filóstrato» (n.º 309). Con ese título se alude a dos obras atribuidas, aunque con serias dudas, a sendos «Filóstratos», el Viejo y el Joven. Se trata de una serie de descripciones literarias de colecciones pictóricas grecorromanas que, al ser recuperadas, ejercieron una notable influencia sobre la pintura renacentista y barroca<sup>40</sup>.

30. Tal como detalla Margarethe Billerbeck en el primer volumen de su monumental edición de los *Ethniká (Stephani Byzantii Ethnica. Volumen I: A-G. Corpus Fontium Historiae Byzantinae 43/1)*, Berlin/New York, W. de Gruyter, 2006, pp. 38-43), la *editio princeps* fue encargada a Taberio bajo la responsabilidad de Aldo Manucio (1502), a la que siguió la iuntina de 1521 (Florenia). La edición más difundida en el XVI parece haber sido la realizada por Xylander (Basilea, 1568). Honigmann en *RE* (III A.2 cols. 2396-97) recoge también una supuesta edición del suizo Conrad Gesner (Basilea, 1553).

31. La cita del inventario alude a un «Justino y estéphano de las ciudades» (n.º 251), por lo que parece tratarse de una edición o de una encuadernación conjunta. Nada he podido encontrar al respecto en los diferentes catálogos. Incluso puede que se trate de una confusión por la edición salida de la imprenta de Filippo Giunta (Philippus Iunta) en 1521 y de la que precisamente se conserva un ejemplar en la Biblioteca General Universitaria de Salamanca.

32. Cf. P. Gautier, *La Géographie de Ptolémée en Occident (IV<sup>e</sup>-XVI<sup>e</sup> siècle)*, Turnhout, 2009.

33. Tampoco sería descabellado pensar que nuestro humanista pudiera tener interés en dos ediciones de la *Geografía* de Ptolomeo, una de las cuales sería una edición de bolsillo, mucho más económica por tanto, dirigida a un público de profesores y estudiantes, y de ahí precisamente lo genérico de la mención. La primera edición que conocemos de estos manuales es italiana (Venecia, 1548).

34. La *princeps* de 1475 es obra de Hermanus Levilapis en Vicenza. Antes de 1570 había ya 33 ediciones. Cf. Sanz (1959).

35. Servet no sólo se sirvió de la traducción latina de Pirckheimer, sino que la cotejó con las ediciones precedentes y con la reciente versión griega de Erasmo (Basilea, 1533), añadiendo numerosos escolios y anotaciones, además de una antología cartográfica de 50 mapas. Cf. Hernando Rica (2006).

36. En realidad, su presencia en el *Index et Catalogus librorum prohibitorum* (Madrid, 1583) editado por Gaspar de Quiroga, cardenal arzobispo de Toledo, obedece a su inclusión anterior en el denominado catálogo de Trento (Roma, 1564). Para la configuración de estos índices, cf. Bujanda (1993).

37. No podemos precisar si alguna de estas referencias está aludiendo a la primera edición que apareció en 1545 de la mano de Camilo Perusco o a ediciones posteriores que gozaron de cierta difusión como las de Gesner (1556) o J. Tornesio (1587). También podría estar aludiéndose a la traducción latina de Justo Vultejus (Basilea, 1548).

38. De la magnitud del proyecto de Ateneo baste señalar que menciona unos 1.250 autores, informa sobre el título de más de 1.000 obras teatrales y cita más de 10.000 versos, especialmente de la Comedias Media y Nueva.

39. La *editio princeps* es la veneciana de M. Musurus (1514). Pudo contar además con alguna de las dos traducciones al latín, la de Noël dei Conti (Venecia, 1556) y la de J. Da-léchamp (Lyon, 1583).

Por lo que atañe a la erudición romana, no podía faltar, naturalmente, esa gran enciclopedia cultural que son las *Noches Áticas* de Aulo Gelio (n.º 198) cuyo sentido de la *humanitas* sintieron los grandes hombres del Renacimiento como propia y que hizo que la práctica totalidad de humanistas de prestigio lo conocieran y apreciaran<sup>41</sup>. Y finalmente no menos interés debió suscitar la *Polyhistoria* de Gayo Julio Solino (n.º 3), también conocida bajo los títulos de *Collectanea rerum memorabilium* y de *De mirabilibus mundi*<sup>42</sup>. Se trata de una compilación de curiosidades y maravillas trufadas con noticias históricas, religiosas, sociales, etc. organizada conforme a un criterio geográfico, hasta el punto de que suele calificarse como de una auténtica co-geografía comparada de fenómenos extraordinarios.

6. El género de la erudición anticuaria fue cultivado también con notable éxito y bajo diversas modalidades por los humanistas del Renacimiento. Prueba de ello es precisamente la presencia de un buen elenco de obras de ambición enciclopédica y naturaleza recopiladora en los anaqueles de la biblioteca de Simón Abril. Contamos, en primer lugar, con las *Antiquae lectiones* (n.º 5) de Ludovicus Caelius Rhodiginus (Luigi Ricchieri). Fruto de su actividad docente el humanista veneciano concibió la idea de componer una obra que contuviera los materiales necesarios para el estudio de sus alumnos al tiempo que el público general disfrutaba de su lectura y aprendía. El resultado fue una obra en la que intentó recoger toda la herencia greco-latina desde la lengua y la literatura hasta la historia, filosofía, teología, derecho, medicina, astronomía, astrología, música, matemáticas, física, arquitectura, etc. Por ambición y dimensiones sólo puede ser calificada de monumental esta mixtura de enciclopedia y miscelánea<sup>43</sup>. El inventario menciona también a un discípulo de Rodigino, el florentino Petrus Crinitus (Pietro del Riccio Baldi) (n.º 173)<sup>44</sup>. Aunque nada se indica en la referencia, cabe presumir que se trataría de su obra más famosa, el *De honesta disciplina*, una miscelánea que, teniendo a Aulo Gelio como modelo, proporciona información erudita en veinticinco libros. Se citan asimismo en el inventario los *Genialium dierum libri sex*

(n.º 20) del jurisperito napolitano Alessandro Alessandri (Alexander ab Alexandro). Conforme al modelo de Aulo Gelio reunía en sus páginas noticias variopintas, fundamentalmente de gramática y antigüedades, aunque no faltan costumbres, aspectos religiosos o sucesos extraordinarios. Publicada en Roma en 1522 fue una de las obras de erudición más difundida por Europa. Figuran igualmente en la relación los quince libros de las *Variae lectiones* (Venecia, 1559) del humanista francés Marc Antoine Muret (n.º 107), una miscelánea en la que se reúnen noticias variopintas sobre los autores antiguos junto con comentarios sobre la época contemporánea, preferentemente aquellas en las que participa o es testigo directo Muret. Finalmente no podía faltar entre estas misceláneas de erudición los *Coloquios* de Pedro Mexía (n.º 168), seis diálogos en los que el humanista sevillano se propone divulgar los conocimientos de la Antigüedad desde la astronomía a la medicina, pasando por el conocimiento humano, la dialéctica, la oratoria o las ciencias naturales, todo ello trufado con una variopinta información sobre la sociedad, la economía, las costumbres, la cultura o el arte y sazonado con un buen número de anécdotas, refranes y chistes que amenizan la seriedad y densidad de los temas científicos y eruditos. Los *Coloquios* fueron publicados por primera vez en Sevilla en 1547 y obtuvieron una excelente acogida, hasta el punto de que hasta las primeras décadas del siglo XVII tuvo 16 ediciones en España –diez entre 1547 y 1580– y otras 31 en lenguas extranjeras<sup>45</sup>.

7. Finalmente encontramos en el inventario tres referencias a obras renacentistas mucho más singulares por diferentes motivos. En primer lugar, se menciona a «Berosio de la antigüedad de Italia» (n.º 215), referencia que no puede aludir más que a una de las mayores mixtificaciones de la historia antigua de España<sup>46</sup>. Se trata de los *Commentaria super opera auctorum diversorum de antiquitatibus loquendum, eiusdem chronographia estrusca et italica*, obra de Giovanni Nanni (Joannis Annius Viterbensis en su versión latinizada), un dominico avezado en astrología, cómputos cronológicos e Historia Sagrada. Fue publi-

40. Ambas *Imágenes* se publicaron por vez primera en 1503 por Aldo Manucio en una edición que incluía también las obras de Luciano de Samósata y las *Descripciones* de Calístrato. Por lo que atañe a la historia de la representación pictórica de estas *Imágenes*, cf. la introducción de L. A. de Cuenca y M. A. Elvira a *Imágenes de Filóstrato el Viejo. Imágenes de Filóstrato el Joven. Descripciones de Calístrato*, Madrid, 1993.

41. Desde la *editio princeps* romana de 1469 hubo numerosas ediciones a lo largo del siglo XVI. A destacar la edición de Henricus Stephanus (París, 1585).

42. Desde la *editio princeps* (Roma, 1473) de J. Schurener hasta finales del siglo XVI hubo no menos de 30 impresiones. Fue además traducida al español por Cristóbal de las Casas (Sevilla, 1573).

43. Mientras la primera versión (Venecia, 1516) comprendía 16 libros, la segunda (Basilea, 1542), publicada póstumamente por Camillo Ricchieri, sobrino del autor, y por Giovanni Maria Goretti, se amplió hasta los 30 volúmenes. Simón Abril pudo disponer de alguna de las ediciones de Basilea (1542, 1550 y 1566) o, quizá, de Lyon (1560 y 1562).

44. Publicada por vez primera en 1504 en Florencia gozó de un buen número de reimpressiones.

45. Para los detalles, cf. A. Castro Díaz («Introducción», *Pedro Mexía. Diálogos o Coloquios*, Madrid, 2004, 16-199) e Isaías Lerner-Rafael Malpartida (ed., introd. y notas), *Pedro Mejía. Diálogos*, Sevilla, 2006, lxii-lxv.

46. Para este episodio y para la complicada historia editorial, cf. Caballero (2002).

cada en 1498 en Roma con el sufragio de Garcilaso de la Vega, el padre del poeta, a la sazón embajador ante la Curia vaticana y, en consecuencia, dedicada a los Reyes Católicos. La obra recibe el título de *Commentaria* porque su autor afirma publicar y comentar por vez primera una serie de obras antiguas perdidas, entre las cuales destaca por su uso y abuso la *Defloratio Caldaica* de Beroso Caldeo. Pese a tratarse fundamentalmente de una mixtificación, su metodología histórica es sin embargo propia de los humanistas contemporáneos, ya que combina fuentes literarias (las obras supuestamente descubiertas por él mismo, los autores antiguos y la Biblia), archivísticas, arqueológicas, epigráficas e incluso lingüísticas (toponimia y antroponimia). A pesar de que desde muy pronto se denunció la falsedad de fuentes, la obra gozó de una extraordinaria popularidad en Europa durante los siglos XVI y XVII<sup>47</sup>. En nuestro país alcanzó un gran predicamento porque en esa descripción de la historia primitiva del mundo, particularmente minuciosa respecto de los orígenes de pueblos y ciudades, a Hispania le dedica un libro en el que se ratifica la antigüedad, y por lo tanto la legitimidad, de su monarquía. No olvidemos a quién estaba dedicada la obra y quién la había sufragado. Por lo demás, en cuanto a la edición que manejó Simón Abril, al citarse en el inventario a «Berosio» como autor «de la antigüedad de Italia» alude claramente a la más difundida en España, la publicada en Amberes en 1552, y que pertenece a una línea de ediciones de la obra de Annio en las que se pone de relieve la importancia de Berosio el Caldeo como fuente.

Si la obra de Annio de Viterbo resulta singular por tratarse de una mixtificación, no menos especiales son, aunque por muy diferentes razones, los *De Scribenda Vniversitatis rerum historia libri quinque* del suizo Christophe de Molin (Christophorus Mylaeus) publicados en Basilea en 1551. En el pensamiento de Mylaeus<sup>48</sup> es posible distinguir en la realidad cinco estadios según su grado de accesibilidad al conocimiento humano: *natura* o mundo de la creación divina y de la animalidad humana; *prudencia* o supervivencia, al que se añade la organización social y gobierno (*principatus*); y finalmente *sapientia*, que vendría a equivaler a los logros de la civilización y que tendría su culminación en la *literatura* o puesta por escrito de las fases anteriores de progreso. Cada uno de estos estadios de la realidad es analizado a través de su *historia*, lo que da pie al conjunto de los cinco libros de Mylaeus. El tratado ha llamado la atención de la crítica contem-

poránea, sobre todo por dos rasgos de originalidad. En primer lugar, porque posiblemente sea el primer autor en emplear la locución *historia literaturae* y, consiguientemente, en llevar a cabo una aproximación histórico-crítica a la literatura. Además al remplazar la concepción clásica y medieval de enciclopedia por un esquema histórico y un principio de progreso que le permite organizar e interpretar toda la herencia intelectual de Occidente. Desde este punto de vista sería una obra pionera en lo que posteriormente se ha denominado historia de la cultura.

La última de estas obras singulares es uno de los primeros testimonios modernos sobre lingüística histórica (n.º 27). Se trata de los *Origenes Antwerpiannae sive Cimmericorum Beccesalana novem libros completa* (Antwer, 1569) de Johannes Goropius Becanus (Jan Gerartsen van Gorp, 1519-1572) en la que se defiende que la lengua preababélica sería el brabantino en su variedad de Amberes en la creencia de que los antuerpienses descienden de los cimrios y cimerios –los cuales a su vez serían descendientes directos del tercer hijo de Noé, Jafet–, quienes no habrían participado en la construcción de la Torre de Babel y por lo tanto no se vieron afectados por la *confusio linguarum* preservando la lengua adánica, esto es, la lengua del Paraíso. Detrás de esta tesis late, evidentemente, un fuerte sentimiento nacionalista, un uso radical y místico del método etimológico y la suposición de que la lengua primigenia tenía que ser también la más simple y por tanto había de contar con el mayor número de palabras monosilábicas, lo que hacía del dialecto brabantino un serio candidato<sup>49</sup>. Aunque no deja de resultar un tanto sorprende la presencia de un libro de esta naturaleza en la biblioteca de nuestro humanista, lo cierto es que debió tener cierto eco en la península, si sirve de criterio el hecho de que nuestras bibliotecas conserven once ejemplares según el Catálogo Colectivo del Patrimonio Bibliográfico Español<sup>50</sup>.

8. ¿Adónde conduce el examen de las fuentes historiográficas de la biblioteca de Simón Abril? La primera conclusión que cabría extraer no es otra que la confirmación de que se trata de una biblioteca profesional, esto es, de una biblioteca de dimensión media y especializada en materias técnicas para el ejercicio profesional de su poseedor<sup>51</sup>. Estas dos características definitorias, tamaño y especialización temática, requieren sin embargo de algún comentario. En primer lugar, conviene señalar que se trata de una biblioteca de un volumen más que considerable, cuyo inventario recoge

47. Cf. John (1994).

48. Cf. Kelley (1999).

49. Sobre la hipótesis y metodología, cf. Metcalf (1974).

50. Quizá esta difusión se viera impulsada por su relación con Benito Arias Montano. En efecto, no sólo formó parte del círculo de intelectuales de los que se rodeó el humanista ex-

tremeño en Amberes, sino que su fama como médico le llevó incluso a recomendarlo para el cargo de médico personal de Felipe II en 1569. Cf. Charlo Brea (2003).

51. Para la tipología de bibliotecas en la Edad Moderna, cf. Infantes (1998: 282-284).

nada menos que 342 referencias. Este número supera con creces los límites que habitualmente se vienen dando para este tipo de bibliotecas profesionales del siglo XVI<sup>52</sup> y es especialmente meritorio si tenemos en cuenta la trayectoria itinerante de nuestro humanista, una predisposición a la mudanza casi constante que a buen seguro supuso un condicionante a la hora de configurar una biblioteca personal. En cualquier caso, sin que resulte parangonable con las bibliotecas de las grandes personalidades eclesiásticas o de la nobleza, sí que está en línea con lo que conocemos de otras figuras destacadas de la época. Por ejemplo, la biblioteca de Pedro Cerbuna alcanzaba en el momento de su muerte en 1597 los 400 ejemplares<sup>53</sup>. En cuanto a su carácter de biblioteca especializada, nada más revelador que las ausencias para confirmar este sesgo<sup>54</sup>. En las 342 referencias no hay presencia de una literatura de entretenimiento, ni siquiera en lengua vernácula, lo que no deja de resultar sorprendente cuando la literatura castellana cuenta ya con un buen elenco de obras cimeras y ha alcanzado ya su etapa de máximo esplendor. También llama la atención la ausencia de referencias que den testimonio de sus relaciones personales más allá de lo estrictamente profesional. Me refiero, por ejemplo, a que no se mencionan obras de otros personajes relevantes del panorama intelectual con los que sabemos que Simón Abril mantuvo algún contacto o con los que podemos presumir que coincidió o, al menos, tenía noticia de ellos. Incluso de sus propias obras y traducciones sólo hay una mención<sup>55</sup>.

Centrándonos en el tema objeto de nuestro estudio, el conocimiento del pasado, las ausencias son igualmente llamativas. Apenas hay alguna referencia que se aleje del mundo de su interés profesional. No se mencionan, por ejemplo, crónicas o historias sobre España o los reinos peninsulares en un momento de eclosión

del género<sup>56</sup>. Tampoco muestra interés por los países vecinos como Francia, Portugal, Nápoles, Flandes o los turcos<sup>57</sup>. Y todavía sorprende más que no fuera deslumbrado por el esplendor de la época de los descubrimientos<sup>58</sup>, puesto que no hay referencias bibliográficas sobre países exóticos y lejanas tierras<sup>59</sup>. Por supuesto, tampoco hay mención de biografías sobre personajes contemporáneos. En consonancia con estas ausencias historiográficas tampoco encontramos rastro alguno en su biblioteca de los primeros trabajos sobre epigrafía, numismática o arqueología que habían aparecido en España<sup>60</sup>. Y ello, a pesar de que indudablemente debió de tener conocimiento de los avances en estos campos y de que mantuvo contacto con algunos de los pioneros en estas disciplinas. Me refiero, por ejemplo, al cordobés Ambrosio de Morales, autor de *Las Antigüedades de las Ciudades de España que van nombradas en la Corónica* (Alcalá de Henares, 1577), que ejerció el magisterio en la Universidad de Alcalá, centro con el que mantuvo contacto nuestro humanista al menos desde finales de la década de los setenta. Pero sobre todo a un círculo de eruditos aragoneses interesados en estas lides, particularmente Jerónimo Zurita y, sobre todo, Antonio Agustín con sus *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades* (Tarragona, 1587). Bien sea por un interés exclusivo a su actividad profesional, bien por el carácter novedoso de estas disciplinas o bien por cualesquiera otras razones<sup>61</sup>, el caso es que Simón Abril no parece haber mostrado interés por la epigrafía, la numismática y en lo que puede considerarse como incipiente arqueología. Y probablemente esta falta de interés o de conocimiento pueda extrapolarse a buena parte de la clase media humanista, la de los maestros de Artes.

Por otra parte, al igual que ocurría con las ausencias, las presencias en la biblioteca vienen a confirmar

52. Mientras Chevalier (1976: 39) cifra la dimensión media de estas bibliotecas especializadas en unos centenares de libros, Infantes (1998: 283) fija el límite en torno a los 60 ejemplares.

53. Cf. Velasco-Criado (1996).

54. Sobre las ausencias en los inventarios, cf. Infantes (1997).

55. En realidad, se trata de un manuscrito (n.º 187) que sólo con posterioridad a su fallecimiento llegará a publicarse como *Primera parte de la filosofía llamada la lógica*. Por otra parte, como apuntara Infantes (1998: 287-288), era habitual en la época la ausencia en la propia biblioteca de obras de su titular.

56. A título de ejemplo, bien pudieran haber encontrado acomodo en su biblioteca la *Crónica general de toda España* de Pedro Antonio Beuter (Valencia, 1546), *Los cuatro libros primeros de la Crónica General de España* del cronista imperial Florián Ocampo (Medina del Campo, 1553), continuada luego por Ambrosio de Morales (Alcalá, 1574), o la *Crónica de España* del canónigo Francisco Tarafa (Barcelona, 1562). Respecto al reino de Aragón, nada se dice de las obras de un Lucio Marineo Sículo (*Crónica d'Aragón*, Valencia, 1524) o de un Jerónimo Zurita, cuyos *Anales* habían sido publicados entre 1562 y 1580.

57. La única obra de historia de la biblioteca que no está orientada hacia la Antigüedad son los *Historiarum sui temporis ab a. 1494 ad a. 1547 libri XLV* de Paulo Jovio (Paolo Giovio) (n.º 227). En 1550 apareció el primer volumen y en 1552 una edición en dos tomos, en la que la historia se interrumpe con el saqueo de Roma (1527) y la pérdida por Jovio de parte del material.

58. La única referencia al Nuevo Mundo quizá pudiera ser la mención en el inventario a un título «Del nuevo mundo y de las regiones no conocidas a los antiguos» (n.º 51). Bien pudiera identificarse con el *Novus orbis regionum ac insularum veteribus incognitarum* (París-Basilea, 1532) del humanista alemán Simón Grineo (Grynaeus, Griner). Sobre los intereses geográficos de Simón Abril, cf. Beltrán (en prensa).

59. Por ejemplo, tampoco se menciona la *Historia general de las Indias* de Fco. López de Gómara que había sido publicada en Zaragoza en 1552.

60. Cf. Gimeno Pascual (1996: esp. 219-246):

61. Puede incluso que haya un componente de clase en el sentido de que el cultivo de estas disciplinas es llevado a cabo fundamentalmente por miembros de la élite sociocultural y sólo alcanza difusión entre una minoría dentro de las clases más ilustradas.

que su interés por el pasado está centrado preferentemente en el mundo clásico y, en particular, en el legado de obras griegas y latinas de las que emanaba un abundante caudal de noticias históricas, biográficas, etnográficas, etc. Su objetivo primordial no es otro que el conocimiento directo de las fuentes clásicas. En definitiva, por interés intelectual y probablemente también por exigencia profesional su horizonte intelectual se circunscribió a una visión filológica de la Antigüedad. En cuanto al repertorio de historiadores greco-romanos inventariados, suele avenirse bastante bien con lo que era el programa de estudios de la época así como con los que circularon mayoritariamente por Europa. Por tanto, encuentran asiento en su biblioteca los componentes de los que podemos denominar el canon clásico, pero también se incluyen obras bastante menos difundidas como, por ejemplo, ese instrumento lexicográfico que son los *Étnicos* de Esteban de Bizancio. De las 20 obras más difundidas en la época pertenecientes a los historiadores griegos y latinos<sup>62</sup> sólo se echan de menos en la biblioteca de Simón Abril Tucídides<sup>63</sup>, Casio Dión<sup>64</sup>, Curcio, Floro, y Flavio Josefo<sup>65</sup>. A estas ausencias habría que añadir, fuera ya de los historiadores, la de Plinio el Viejo, de amplio eco entre los humanistas y buena fuente de noticias sobre el mundo antiguo<sup>66</sup>.

Por lo que atañe a las ediciones manejadas por nuestro humanista, hay que partir, antes de nada, de una cautelosa prudencia, puesto que la escasez de datos nos impide, en rigor, ir en la mayoría de los casos más allá de la mera conjetura. Probablemente el primer criterio a la hora de elegir una edición fuera simplemente el de su disponibilidad. Por ejemplo, en los geógrafos Mela y Esteban de Bizancio todo parece apuntar a que pudo llegar a ellos a través de ediciones colectivas o de recopilaciones. En otros autores griegos pudo incluso haber acudido a traducciones latinas tal como parece desprenderse del caso de Pausanias. A este respecto Simón Abril no haría más que seguir una práctica generalizada en la Europa del siglo XVI, que ante las dificultades técnicas y comerciales que acarrearba la edición de textos griegos recurrió a las versiones latinas de los mismos, particularmente en las obras técnicas. En cualquier caso, la segunda mitad del siglo XVI había supuesto un avance en el desarrollo filológico. Salvo para las recopilaciones de fragmentos u obras meno-

res, se ha superado la fase de *editions principes*. Aparecen ahora ediciones críticas que han sido corregidas y completadas, hasta el punto de algunas de estas ediciones todavía hoy en día lo son de referencia. Simón Abril no desconoce estas ediciones, digámoslo así, de calidad. Sería el caso, probablemente, de Tácito si se trata de la edición de Justo Lipsio (1574); de Tito Livio con los comentarios de Sigonio (1555); o de Pomponio Mela si es correcta la hipótesis de que se trata de la edición de Joachim Vadian (1530). Nada permite inferir si, por ejemplo, para Estrabón, Pausanias o Esteban de Bizancio pudo contar con las ediciones preparadas por un filólogo de la categoría del germano Xylander, si bien no sería de extrañar en alguno de ellos, dado que fueron además las ediciones más difundidas en el siglo XVI para estos autores. En cualquier caso, lo notable sería que nuestro humanista parece estar bien al tanto del panorama filológico y editorial de Europa. Recuérdese, por ejemplo, que parece haber manejado a Amiano Marcelino, a Herodiano o a Claudio Eliano en ediciones recientes. Los autores por los que muestra interés vienen a coincidir con los que son objeto de atención del humanismo europeo y, por otra parte, la procedencia de sus ediciones parece manifestar un contacto fluido con los grandes centros culturales y editoriales del continente. Da la impresión, en definitiva, de que al menos este tipo de obras no se vieron particularmente afectadas por la aciaga pragmática de Felipe II de 1558 por la que se prohibía bajo pena de muerte la importación de libros reprobados. También es verdad que el tipo de lecturas historiográficas presentes en la biblioteca de Simón Abril eran poco conflictivas desde el punto de vista ideológico.

Junto a este interés general por el conocimiento de la Antigüedad nuestro humanista pudo tener motivos, digámoslo así, ideológicos. Sin lugar a dudas, la constatación de la presencia de patrias chicas o grandes en las prestigiosas obras clásicas venía a reportar un timbre de gloria para los territorios mencionados. Así a la motivación anticuaria en este tipo de fuentes se añadiría un interés de corte nacionalista. En efecto, estas noticias fueron utilizadas por parte de la historiografía patria para construir una imagen de la España primitiva sobre la que se sustentaba un discurso unificador y continuista de la nación española desde los orígenes hasta los Austrias<sup>67</sup>. Simón Abril, por fuerza, no fue

62. Tomo los datos de Burke (1966: 136) quien estima que las ediciones de estas veinte obras pudieron alcanzar los dos millones y medio de ejemplares entre la invención de la imprenta y 1700.

63. Como señala Iglesias-Zoido (2011: 155-189), en contra del historiador ático jugaban su proverbial oscuridad, que ni siquiera las traducciones latinas lograban iluminar en muchas ocasiones, y su escasa propensión moralizante. No cabe duda de que el lector renacentista encontraba la misma información y más adecuada en las *Vidas* de Plutarco o en

las obras de consulta de la época. Pese a todo sorprende su ausencia en la biblioteca, dado que es uno de los autores incluidos en el programa de estudios que elabora nuestro humanista (cf. Morreale 1949: 57-60).

64. En caso de que no se trate de la referencia nº146 (cf. nota 26).

65. En parte compensando por la presencia de Filón de Alejandría.

66. Sobre el interés por Plinio entre los humanistas hispanos del XVI, cf. Moure (2008).

ajeno a esta tendencia como se infiere del hecho de que a lo largo de sus propias obras se hiciera eco de ese sentimiento nacional. Naturalmente aquí no se está afirmando que nuestro humanista participara de semejante proyecto historiográfico, pero de lo que no cabe duda es que un hombre tan comprometido con su tiempo hubo de tener particular interés en conocer de primera mano las fuentes sobre las que se sustentaba en parte el debate historiográfico nacional, además, naturalmente, de las motivaciones profesionales y filológicas antes expuestas. Pues bien, en consonancia con este impulso nacionalista estarían, por ejemplo, las lecturas de geógrafos como Estrabón y, en menor medida, Mela y Esteban de Bizancio<sup>67</sup>, los cuales tenían el atractivo de proporcionar un buen repertorio de noticias sobre la Antigüedad hispana. Pero sobre todo es en este contexto en el que hay que situar la única obra historiográfica renacentista sobre la Antigüedad presente en la biblioteca, la mixtificación de Anno de Viterbo.

No quedaría completo este análisis sin un último apunte. Y es que incluso en una biblioteca tan sesgada

a la enseñanza como es la de nuestro humanista es posible hallar indicios de un pensamiento que podemos calificar de proto-científico. En este sentido cabe interpretar, por ejemplo, la presencia de unas ediciones de textos clásicos que muestran un notable refinamiento del método filológico. Ciertamente es que en el campo de la historiografía no encuentran acomodo en la biblioteca de Simón Abril las primeras aproximaciones científicas y racionales al estudio de la Antigüedad, aunque sí trabajos de carácter enciclopédico y recopilatorio que tratan de poner orden en el saber acumulado. Pero además obras como las de Mylaeus y Bescano, con todas sus deficiencias que son muchas y por más que sean propuestas fallidas, serían muestra de la búsqueda de nuevos caminos epistemológicos que se estaba llevando a cabo. Su presencia en la biblioteca de Simón Abril daría testimonio del clima de ebullición intelectual del siglo XVI que precedió al desarrollo del método científico en la siguiente centuria y que era capaz de suscitar todavía el interés de humanistas de corte más tradicional en un país como España que paulatinamente se iba cerrando sobre sí mismo.

---

67. Ilustran a la perfección esta práctica las páginas que le dedica Wulff (2003: 13-50).

---

68. Para Estrabón, cf. Álvarez Martí-Aguilar (1999); y respecto a Pomponio Mela, cf. Guzmán (1993).

## Bibliografía

- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (1999): "Notas sobre el papel de Estrabón en la historiografía española, del Renacimiento a la Ilustración" en G. Cruz Andreotti (coord.), *Estrabón e Iberia: Nuevas perspectivas de estudio*, Málaga, 31-61.
- BÉCARES, V. (2003): "Los libros y las lecturas del humanista", *Silva* 2, 9-26.
- (2004): "Sobre la conciencia histórica en el Renacimiento" en J. F. Domínguez (ed.), *Humanae litterae. Estudios de Humanismo y Tradición Clásica en homenaje al Profesor Gaspar Morocho Gayo*, León, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, 89-102.
- BELTRÁN, J. A. (en prensa): "Una ventana al mundo desde la biblioteca del humanista Pedro Simón Abril (1595)" en *La impronta humanística (ss. XV-XVIII): Saberes, visiones e interpretaciones*, Palermo, Officina di Studi Medievali.
- BERGUA, J. (1996): *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España: siglos XIII-XVII*, Zaragoza.
- BUJANDA, J. M. de (1993): *Index de l'Inquisition espagnole: 1583, 1584*, Sherbrooke.
- BURKE, P. (1966): "A Survey of the popularity of ancient historians, 1450-1700", *History and Theory* 5/2, 135-152.
- CABALLERO, J. A. (2002): "Anno de Viterbo y la historiografía española del XVI", en J. M<sup>a</sup>. Nieto Ibáñez (ed.), *Humanismo y Tradición Clásica en España y América*, León, 101-120.
- CHARLO BREA, L. (2003): "Arias Montano, Plantino, Torrenccio, Becano" en F. Grau et alii (eds.), *La Universitat de València i l'humanisme: Studia Humanitatis i renovació cultural a la Europa i al nou món*, Valencia, 393-401.
- CHEVALIER, M. (1976): *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Taurus.
- GARCÍA PINILLA, I. J. (2002): "Todas las Décadas de Tito Livio Paduano: un Proteo editorial del Renacimiento" en J. M<sup>a</sup> Maestre-L. Charlo Brea-J. Pascual Barea (coords.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico: homenaje al profesor Antonio Fontán*, Alcañiz, Instituto de Estudios Turoleses, vol. 4, 2071-2080.
- GAUTIER, P. (2009): *La Géographie de Ptolémée en Occident (IV<sup>e</sup>-XVI<sup>e</sup> siècle)*, Turnhout.
- GIMENO PASCUAL, H. (1996): *Historia de la investigación epigráfica en España en los siglos XVI y XVII a la luz del recuperado manuscrito del Conde de Guimerá*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- GUZMÁN, C. (1993): "La obra de Pomponio Mela en el Humanismo Hispano" en J. M<sup>a</sup> Maestre-L. Charlo Brea-J. Pascual Barea (coords.), *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico I.1*, Alcañiz, Instituto de Estudios Turoleses, 507-512.
- HERNÁNDEZ MIGUEL, L. A. (2008): *La Tradición Clásica. La transmisión de las literaturas griega y latina antiguas y su recepción en las lenguas vernáculas occidentales*, Madrid, Liceus.
- HERNANDO RICA, A. (2006): "La reforma de la mirada: Logos y Retórica, en la *Geographia* de Ptolomeo (1535)", *Ería* 69, 5-23
- IGLESIAS-ZOIDO, J. C. (2011): *El legado de Tucídides en la cultura occidental. Discursos e historia*, Coimbra.
- INFANTES, V. (1997): "Las ausencias en los inventarios de libros y de bibliotecas", *Bulletin hispanique* 99, 281-292.
- (1998): "La memoria de la biblioteca: el inventario" en A. Redondo-P. M. Cátedra-M<sup>a</sup>. L. López-Vidriero (coords.), *El escrito en el Siglo de Oro: prácticas y representaciones*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 163-170.
- JOHN, R. T. (1994): *Fictive ancient history and national consciousness in early modern Europe: the influence of Annius of Viterbo's 'Antiquitates'*, London, Warburg Institute.
- KELLEY, D. R. (1999): "Writing Cultural History in Early Modern Europe: Christophe Milieu an his Project", *Renaissance Quarterly* 52, 342-365.
- LÓPEZ FÉREZ, J. A. (en prensa): "En torno al humanista Pedro Simón Abril", en *La impronta humanística (ss. XV-XVIII): Saberes, visiones e interpretaciones*, Palermo, Officina di Studi Medievali.
- METCALF, G. J. (1974): "The Indo-European Hypothesis in the Sixteenth and Seventeenth Centuries", en D. Hymes (ed.) *Studies in the History of Linguistics. Traditions and Paradigms*, Bloomington, 233-257.
- MORENO HERNÁNDEZ, A. (2010): "Ediciones aldinas después de Aldo: avatares de la forma textual de la edición de los "Commentarii" de Julio César (Venecia 1519)", *Epos: Revista de filología* 26, 33-50.
- MORREALE DE CASTRO, M. (1949): *Pedro Simón Abril*, Madrid, CSIC.
- MOURE, A. (2008): "Plinio en España: panorama general", *Revista de Estudios Latinos* 8, 203-235.
- OLMOS, P. (2010): *Los negocios y las ciencias. Lógica, argumentación y metodología en la obra filosófica de Pedro Simón Abril*, Madrid, CSIC.
- PARADINAS, J. L. (2010): "El Humanismo: pervivencia y cambio" en M<sup>a</sup> Isabel Viforcos-M<sup>a</sup> Dolores Campos Sánchez-Bordona (coords.), *Otras épocas, otros mundos, un continuum. Tradición clásica y humanística (ss. XVI-XVIII)*, Madrid, Tecnos, 19-29.
- PEDRAZA, M. J. (1999): "Lector, lecturas, bibliotecas: el inventario como fuente para su investigación histórica", *Anales de documentación* 2, 137-158.
- PÉREZ JIMÉNEZ, A. (1990): "Plutarco y el humanismo español del Renacimiento", en A. Pérez Jiménez-G. del Cerro Calderón (eds.), *Estudios sobre Plutarco: obra y tradición*, Málaga, 229-247.
- RICO, Fco. (1993): *El sueño del Humanismo*, Madrid, Alianza.
- ROJO VEGA, A. (2002): "La biblioteca del maestro Pedro Simón Abril (1595)", en P. M. Cátedra-M<sup>a</sup> L. López-Vidriero (dir.) y P. Andrés Escapa (ed.), *El libro antiguo español. VI: De Libros, Librerías, Imprentas y Lectores*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, 365-388.
- SAN VICENTE, A. (1983): "Poliantea documental para atildar la historia de la Universidad de Zaragoza", *Cinco Estudios Humanísticos para la Universidad de Zaragoza en su centenario IV*, Zaragoza, CAI, 173-528.
- SANZ, C. (1959): *La Geographia de Ptolomeo ampliada con los primeros mapas impresos de América. Estudio bibliográfico y crítico con el catálogo de las ediciones aparecidas desde 1475 a 1883*, Madrid.
- VELASCO, E.-CRIADO, J. (1996): "El Universo cultural de Pedro Cerbuna, obispo de Tarazona (Zaragoza), a partir de un inventario "post mortem" de su biblioteca: 1597", *Turiaso* 13, 139-184.
- WULFF, F. (2003): *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica.